ALEGATO CONTRA EL MENTALISMO

Diego Yaiche

El flirteo del psicoanálisis con la psicopatología no ha sido sin consecuencias sino que constituye una aventura grávida en consecuencias. Ha tenido resultados embarazosos, todos nosotros somos en mayor o menor medida, hijos espirituales o no de eso. La marca de ello aparece en nuestra manera de hablar y escuchar, en la pretensión de que el lenguaje sea una carretera, un medio de comunicación que nos conecte, pretensión que paradójicamente nos vuelve autistas.

PRIMERA PARTE.

Recientemente el filósofo y psicoanalista Jorge Alemán ha insistido, ha exhortado más bien, a considerar qué es lo inapropiable para los circuitos y dispositivos productores de subjetividad. Esta cuestión clave para pensar la política de hoy, cuando proliferan estos circuitos, sí, aunque se imagine lo contrario, también lo es para la práctica clínica, especialmente con niños. Esta idea no es nueva, no otra cosa es el Hegel de Zizek, o el Benjamin de Agamben. Parafraseando a este último, el analista en muchos casos deberá hacerse gerente de esa impropiedad. Pero incluso nos podemos remontar más atrás y encontrar esto en una

referencia muy cara al joven Lacan: Max Scheler, aquel fenomenólogo que encontrará en la propia esencia de la empatía más absoluta al propio sujeto kantiano, rescatando un inapropiable presente también en los misterios del pensamiento cristiano, no así en su evangelio. Todos son tímidos y no tan tímidos intentos de hacer frente a esa biopolítica que apunta a que toda la población caiga en las redes conceptuales del saber de los expertos y del "circulen circulen" del policía neoliberal, que a pesar de lo que se imagina cada vez más es un policía de tránsito con un lindo uniforme a la moda de Londres y su móvil, un lindo taxi amarillo a la moda de New York. Sintetizo así, a mi manera, lo que revelara Michel Foucault.

¿Entonces? Mantengamos firmemente en esa grieta imposible de zanjar de la que viene hablando Jorge Alemán pero que ya estaba presente hace tiempo por ejemplo en los debates entre Slavoj Zizek, Judith Butler y Ernesto Laclau: la que intenta separar el sujeto de la subjetividad o subjetivación.

Hace un tiempo les escuché a unos colegas a los que aprecio mucho que nunca habían encontrado a un sujeto en su práctica clínica. Piedra Libre, claro, un sujeto no se encuentra, lo que pulula son las subjetividades o más bien las subjetividades subjetivándose. Y no se encuentra por una buena razón, se resiste a la subjetivación. Y he aquí el

asunto, ¿qué ocurre cuando el sujeto no encuentra más refugio en el síntoma? Y en esto el psicoanálisis y los psicoanalistas tenemos nuestra cuota de responsabilidad. No basta con autorizarse como analista para estar exento de manejar un taxi amarillo.

Quiero detenerme entonces, porque creo que si hay un lugar que detiene, que detiene esa circulación infinita que no lleva a ningún lado, es la clínica. Se ha hablado mucho de los fenómenos de intrusión y desmantelamiento en el así llamado autismo. Autismo que paradojalmente sostengo, y en esto acuerdo con la psicoanalista francesa Marie Claude Thomas, es un autismo con respecto a otro, dejo en suspenso si este otro es minúsculo, mayúsculo o no existe. ¿El así llamado autismo es un asunto de subjetivación o de sujeto? ¿Quién o qué sufre? Seguramente ambos, si admitimos que un sufrimiento puede no ser subjetivo. Volvamos a ese otro del así llamado autista. Ese otro es un mentalista. Incluso si ese otro se llama Uta Frith, quien tuvo la desmesura de pretender explicar el enigma, y el así llamado autista, Milton, quien borgeanamente le dio una lección de la que ella jamás se apercibió pero que una lectura atenta permite localizar en los últimos capítulos de su best-seller. ¿A un mentalista cómo se le responde? ¿A un mentalista que hace la pregunta que nunca debe formulársele a un niño pequeño como nos previene

Winnicott: “concebiste tú esto o te fue presentado desde afuera”? “Con telepatía”, una genialidad de Milton, aquel jovencito que fue sometido durante extenuantes jornadas a experimentos de lectura que apuntaban a evaluar sus conocimientos generales y su capacidad de compresión. Veamos eso, a una respuesta especialmente buena, Uta, con sorpresa fingida diría yo, le interroga respecto a cómo lo ha sabido. Las respuestas esperadas del estilo de “porque lo he observado” o “me lo han contado” no llegaron. Sin embargo, la réplica de Milton, lejos de sorprenderla es reducida a una respuesta estereotipada. En tanto ver sea saber, no resulta un enigma de dónde viene el conocimiento ni es interrogada la disociación entre lenguaje y comunicación que ya había puesto en juego Milton con su madre anteriormente. Cuando ésta le demanda a su hijo aquello que le falta: “cloves” (clavo de olor), éste responde desplazándose a una tienda cercana, retornando con prendas de vestir (clothes). Para la mente mentalista de Uta es impensable que mientras ella manipula en su laboratorio objetos, cajas, libros y asistentes, este muchachito le haya tomado, de mínima, aprecio, mucho menos el pelo. Así, está lejos de poder recibir de su parte no una información sino su propio mensaje en forma invertida en respuesta a su pregunta oracular.

Pero no todos tienen ese talento que demuestra Milton,

algunos frente a la intrusión de los hiperrealistas deben emprender un éxodo jujeño, desmantelando todo a su paso, sobre todo cualquier atisbo de subjetivación. Cuando el mentalista logre derribar las últimas defensas y penetre en su "cerebro autista" no encontrará nada o, más bien, encontrará todo desmantelado. Al precio de su subjetivación salvará al sujeto. Pero entonces, ¿dónde encuentra refugio el sujeto? Creo que el desmantelamiento, victoria a lo Pirro, tiene no obstante algo genial, digno de Edgar Allan Poe, aunque termine pareciendo unas de esas artes oscuras de Lovecraft.

Aquí me detiene un prurito. Sí el sujeto se esconde donde creo, ¿he de gritar "piedra libre para todos mis compañeros"? ¿No sería mejor seguir de largo y seguir errando? Un decir sobre esto me arrastraría hacia la conversión en un no-incauto como Utah Frith.

Voy a salir en mi defensa.

Primero, por más que señalara el escondite nadie me creería.

Segundo, si mantengo alguna seriedad en lo que vengo sosteniendo el escondite paradojalmente es el lugar donde está no estando.

Tercero, ese buen escondite es un mal escondite.

Parece la anécdota del caldero prestado que tanto ha dado que hablar entre los psicoanalistas. Este razonamiento mal planteado no debería intimidar, la revelación que sostiene la paradoja es el espacio transicional del análisis.

El psicoanálisis ha participado, astucia de la Razón, del desencantamiento del mundo. Frente al evangelio totalizador de la religión y de una medicina que aún no era científica, las formaciones de síntoma fueron un buen refugio para el sujeto. El avance de la teoría y la técnica analítica a la par de la subjetivización que ofreció al mundo occidental, paradojalmente lo hizo retroceder del abrigo que había encontrado bajo la barra de la represión. Pero esas playas han sido un objeto preciado de la colonización de lo Psi. Entonces, ¿dónde ha ido a encontrar refugio? En el lugar literalmente menos pensado, en la frontera del SOMA.

Volvamos entonces al así llamado autista. El desmantelamiento o desmentalamiento, permítanme el neologismo, ahí mismo está el refugio precario donde el mentalista no lo podrá ver, no se va a otra parte, no busca otra playa. Porque para el mentalista ver es saber y saber es subjetivar. Bajo el mantel o el pañuelo del prestidigitador, vive en ausencia, el sujeto, ese vacío, grieta, borde, orilla, frontera, fallan las palabras, eso imposible de colmar pero que se eriza cuando pre-siente la intrusión.

Podemos conversar horas al respecto pero quiero dejarles una nueva buena. Aún en el seno del evangelio del psicoanálisis anidan los misterios. Ese Misterio tiene nombre, nombre que, por la gracia de Freud, de tan convencional se vuelve oscuro: Pulsión. Concepto de frontera, entre lo psíquico y lo somático no se deja subjetivar del todo, ¡for God's sake! Eso otro que el yo, cuantitativo-cualitativo, resistente a la subjetivación, que aparece también como reacción terapéutica negativa, indica aquello sin lo cual la subjetivación subjetivándose desestima la cosa (*das ding*) en el sujeto o, podríamos decir, al sujeto-cosa o a la cosa-sujeto que, como la serie complementaria de Schelling, está siempre por advenir en un querer-alcanzar, sexu-*a*-l para nosotros, querer-alcanzar (*streben*) de raigambre fichteana que es una de las tantas maneras en que Freud nombró el montaje de la pulsión. Mecanicismo fichteano de lo anímico cuya causa eficiente es trastocada y desvirtuada por el análisis freudiano en sus articulaciones y puntos de fractura y en el encuentro con la estofa del objeto.

SEGUNDA PARTE.

Hablando impropiamente, ¿de dónde viene la tan mentada,

valga la redundancia, mentalización? Ese caballito de batalla de la Escuela Psicosomática de París de Pierre Marty. Si le creemos a Rubén Zukerfeld, un analista argentino de la IPA, que viene planteando interesantes cuestiones que se plasman en lo que considera una Tercera Tópica freudiana, no sólo se trataría de una trasmutación del "soma en psique hasta lograr la máxima e invulnerable mentalización evolutiva", verbigracia, del cuerpo, sino del soma que no entra en la conver(sa)ción.

Sin entrar a discutir esto, quiero señalar que junto al escuchar-interpretar lo reprimido estos analistas plantean el ver-intuir lo escindido de/en el Soma. Ahora bien, tras el re-hallazgo de la escisión constitutiva que no se deja subsumir en la barra de la represión, vuelve a la carga un mentalismo que sutura, al decir de Lacan, al sujeto. Mentalismo que en sus últimos años embarazó a figuras tan disímiles como Sandor Ferenczi, Carl Jung o André Breton, y que expresaba no tanto la persistencia de un dualismo cartesiano como los efectos contratransferenciales de una empatía desbordante. Si por una parte se da lugar, como lo ha hecho Isidoro Berenstein, a un espacio que albergue lo ajeno del otro y del impropio cuerpo, por otra se le da la condición de *otro* campo *pero también* mental a lo que se presenta como poniendo un límite a lo representable, ese *kern* (hueso) que no puede ser integrado ni alcanzar

discernimiento (*erkenntniss*) en la escena familiar, pues no es un efecto secundario de tensiones intersubjetivas inherentes a ella, sino que su exclusión es constitutiva del no-ser del sujeto que resiste, que se eriza, al intentar ser subjetivado. Así en el horizonte, contra esto, se perfila sobre el firmamento un súper-analista con fuertes brazos para sostener y contener grandes flujos energéticos y poseedor de poderes de adivinación capaces de hacer alcanzar ese sentido esquivo. El así llamado autista será su archienemigo.

Entonces, volviendo sobre lo andado, de dónde vienen estas cigüeñas. No de París sino de Zurich, más exactamente del hospital psiquiátrico de su universidad: la Clínica Burghölzli.

TERCERA PARTE.

El término autismo es una entidad construida en base a cierta concepción del Pensamiento compartida por Jung y Bleuler. Aquellos oyentes, no muchos en Argentina, que están familiarizados con las investigaciones de Marie Claude Thomas, podrán seguirme más fácilmente. En el momento en que Freud orienta su búsqueda hacia lo arcaico regresivo, valiéndose de la mitología, aunque ambicionando echar mano alguna vez a los estudios sobre el desarrollo del lenguaje, Jung intenta fundar una psicología del desarrollo

pretendiendo un acuerdo entre su simbólica y el inconsciente. Afirmará que la forma en que se expresa el conflicto individual es mítica; estará asociada a un pensamiento fantasmático, analógico, arcaico y que no puede ser formulado ni captado en palabras. Será el dominio del sentimiento, una rumiación que se dirige al interior. Frente a él, de cara al exterior, propone un Pensamiento Lógico, de estructura discursiva. Esta concepción se encontrará entremezclada durante cinco años en esa empatía intelectual que intenta una puesta en común de las investigaciones acerca de la demencia precoz y del sueño entre Viena y Zúrich que se plasmará en el *Anuario de Investigaciones Psicopatológicas y Psicoanalíticas.* Empresa que se tornará anacrónica al desconocer sistemáticamente aquello que venían planteando Jules Seglas y Emmanuel Regis en Francia, respecto a la alucinación y el onirismo.

En el verano de 1910, en su primer intento de desprenderse de la Sociedad Analítica de Zúrich, Bleuler presenta por primera vez el término autismo en su artículo “Sobre la teoría del negativismo esquizofrénico” asimilándolo forzadamente al autoerotismo de Freud. Poco después en otro artículo bosqueja lo que definirá al año siguiente como pensamiento autistico. Finalmente en el 3º Congreso de la Asociación Psicoanalítica Internacional en sus

“Contribuciones a la teoría del autismo” da forma definitiva, en concordancia con el modelo de Jung, a su esquema que diferenciará un Pensamiento Lógico o Dirigido, Realista, de un Pensamiento Autístico guiado por necesidades afectivas, con asociaciones por analogía y que no respeta las vías acordadas por la experiencia empírica.

En su contribución al manual de psiquiatría de Gustav Aschaffenburg, antagonista feroz del psicoanálisis y futuro amigo de Leo Kanner, sostiene que en las esquizofrenias habría un síntoma primario, el déficit o relajamiento orgánico del tejido neurológico asociativo producto de la destrucción de la corteza cerebral por auto-intoxicación, a partir del cual se produciría una disminución de las afinidades asociativas y un debilitamiento de las funciones lógicas. El psicoanálisis quedaría así relegado a ocuparse de este síntoma secundario, eso sí, con muchas menos herramientas que los abordajes reeducativos. El debilitamiento de las funciones lógicas permitiría a los afectos tomar ventaja con una tendencia a las asociaciones superficiales (asonancia, consonancia, simbolismo) y una ausencia de representación-fin en el pensamiento. La consecuencia de todo esto sería el autismo: una satisfacción de complejos afectivos disociados liberados por el repliegue a la vida interior. Concepción que está a años luz del autoerotismo freudiano. El pensamiento esquizofrénico

será portador de las secuelas del déficit primario a la manera en que era pensado el sueño hasta Meynert, desconociendo, como señalé anteriormente los aportes de Seglas y Regis en la materia.

De las ultimas elaboraciones de Jung de esta época se desprende la existencia de un pensamiento onírico, de carácter primitivo y en imágenes que pone en juego su simbólica y que se contrapone a un pensamiento dirigido, lógico y realista orientado hacia la acción, pensamiento de la Técnica y la Ciencia.

Aquí nos encontramos con el realismo de nuestros padres bleulerianos cuya preocupación principal es medir más la adecuación de los pensamientos de sus hijos a los objetos del mundo exterior, cada vez menos exterior, que la toma en cuenta de un proceso primario, que no tiene nada de primitivo, y que astutamente tiene en cuenta la realidad, pero para obtener el placer por otras vías. Padres bleulerianos que embarcan a sus hijos en programas de promoción y desarrollo personal (educativos, deportivos, artísticos, profesionales), que sin resto proponen subjetivaciones maduras que dejan por fuera a lo indomeñable por definición y que no es moldeable. Padres bleulerianos que en el otro extremo pueden ser padres de ensueño, promoviendo empatías omnímodas y totalitarias.

Eugen Bleuler terminará escribiendo en 1919 su proclama

de guerra realista, llamando a combatir el pensamiento indisciplinado y autístico en Medicina y proponiendo medios para luchar contra ese pensamiento invadido por la imaginación. Un programa bio-político que ha encontrado sus agentes entre nosotros. Como diría Joan Manuel Serrat, entre esos tipos y yo hay algo personal.